

ESPÍRITU DE CONSTRUCCIÓN FORJADO EN EL FRÍO AUSTRAL

FUE LA PRIMERA GRAN OBRA DESTINADA PARA LA REGIÓN DE AYSÉN. UN MATADERO FRIGORÍFICO DE DIMENSIONES IMPENSADAS, QUE SOLO PODÍA SER DESCRITO USANDO COMO PARALELO LA ESTACIÓN MAPOCHO. Y CUANDO LA EMPRESA DE INGENIERÍA Y CONSTRUCCIÓN SIGDO KOPPERS S.A. SE ADJUDICÓ EL TRABAJO, HORACIO PAVEZ GARCÍA NO DUDÓ DE QUE ESE SERÍA EL PROYECTO QUE MARCARÍA SU VIDA.

Por Nicholas Townsend _Fotos gentileza Sigdo Koppers S.A.

“Quizás a nosotros nos gustó la aventura.

La construcción tiene que estar hecha por gente que tenga procedencia por esto”, es la reflexión final que Horacio Pavez García suelta tras repasar una vida ligado a la empresa Ingeniería y Construcción Sigdo Koppers S.A. Son 50 años recién cumplidos dentro del holding, sólo tres menos de los que posee el conglomerado en Chile. Cinco décadas dentro del sector industrial, pero que siempre tuvo una gran carga de responsabilidad social.

En su hoja de trabajo destacan sus 11 años como consejero de la Fundación de Asistentes Sociales de la empresa y de la Corporación Educacional de la misma. Además, su rol fue clave en la conformación del Consejo del Área Social de la Cámara Chilena de la Construcción, del que fue el primer Vicepresidente ejecutivo. Ya en 1998, como Presidente de la CChC, en uno de los

períodos más complicados que ha vivido la economía chilena, comenzó a elaborar las bases de los distintos proyectos sociales que impulsó el gremio, lo que le valió que en el año 2010 fuera galardonado con el premio Responsabilidad Social de la Cámara.

Una visión que le fue heredada de su padre, un profesor normalista de Iquique, que, previo a la crisis del salitre, fue designado a la Escuela Centenario de la región de Aysén, a la que se desplazó junto a su señora y su hijo de entonces tres años. Fueron 17 años ejerciendo en una localidad que muchos no sabían ubicar en el mapa, de los cuales solo nueve estuvo acompañado de su hijo Horacio, a quien decidió enviar a la casa de sus abuelos en Curicó a estudiar. “Conocedor de la educación y sabiendo que no había escuelas secundarias adecuadas, mi padre hace un sacrificio feroz. Yo lloré cuando salía el barco de Puerto Aysén”, recuerda Pavez. Su apuesta finalizó en la Universidad Técnica Federico Santa María.

“Yo salgo de la universidad a fines del 61, terremoto del 60 de por medio, y me ofrecen ir a trabajar a Concepción. Me voy feliz, ya que había mucha actividad en esa zona”, recuerda. Una vez allá, un compañero de

universidad le comentó que en la empresa de Ingeniería y Construcción Sigdo Koppers S.A. buscaban un ayudante para la oficina de programación en las obras de Huachipato y se presentó para el puesto. “Pero, ¿qué soy yo ahí? Una cola de león”, cuenta Pavez, quien hoy es miembro del directorio de la empresa.

A mediados de 1966 es trasladado a Santiago en compás de espera hasta que un gerente rompe con la rutina lanzando una oportunidad en clave de desafío. “Tenemos que encarar un proyecto en Aysén. Necesitamos a alguien dispuesto a irse inmediatamente al Puerto de Chacabuco”, fueron las palabras que el ex presidente de la CChC recuerda nítidamente haber escuchado. Audacia, entusiasmo y su pasado en la zona fueron el impulso que hicieron que Horacio Pavez levantara el dedo. “No tuve duda de que ese era mi proyecto, porque de ser un engranaje más allá partía a la cabeza solo”, asegura.

La tarea era iniciar la construcción del matadero frigorífico de Puerto Chacabuco, el más importante de los que se había adjudicado Sigdo Koppers S.A. Una obra con cifras importantes si se considera que debía tener un total de 5 mil metros cuadrados, una cámara enfriadora de 800 metros y que

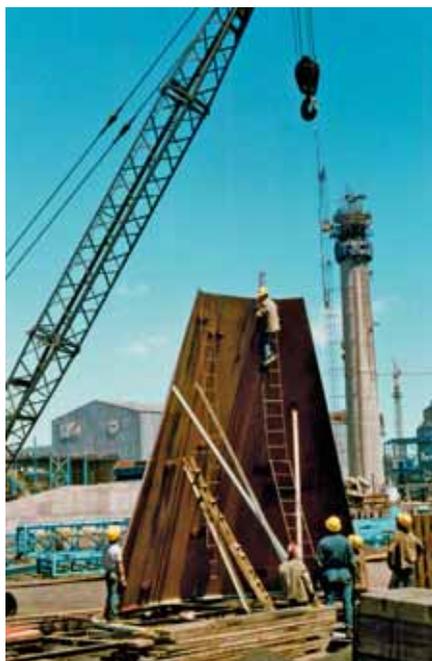
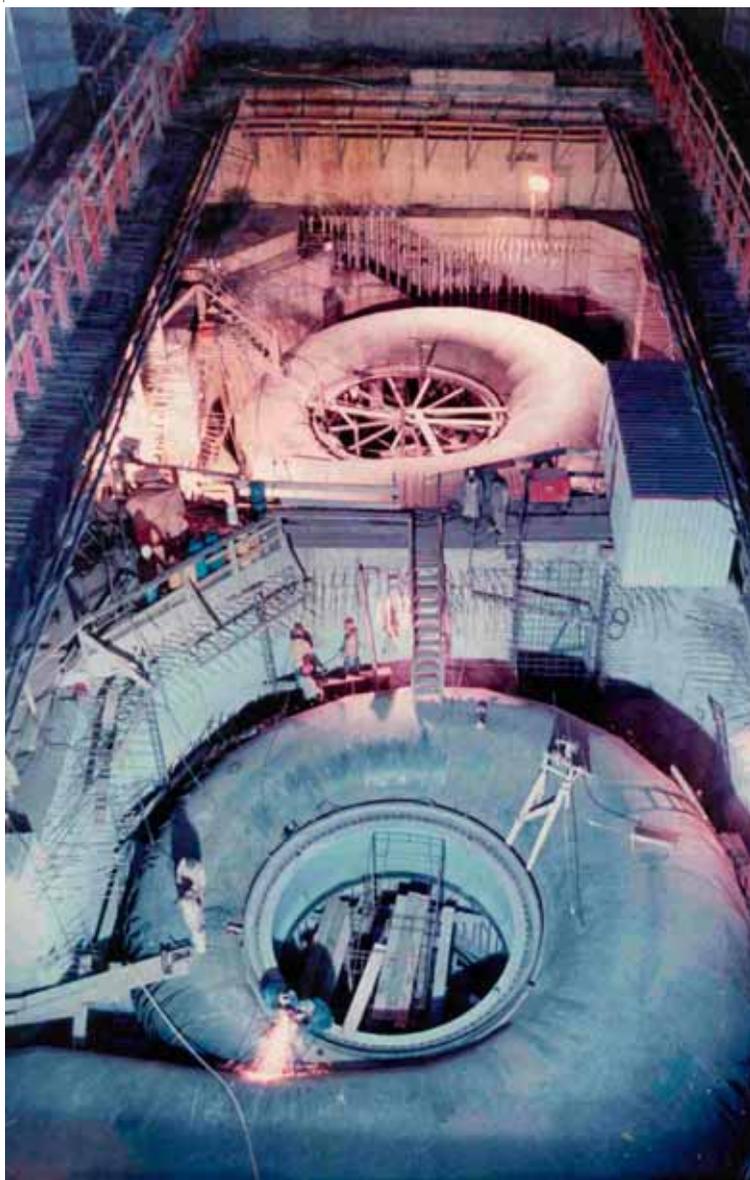


Foto: Vivia Peláez

Izquierda: Trabajos para la Central Colbún. Derecha: Arriba, Montaje Planta de Coque en Huachipato. Abajo, Horacio Pavez García, miembro del comité de directores Sigdo Koppers S.A.

todo debía estar listo en un plazo cercano a los dos años. “Yo trataba de contarle a mis amigos qué es lo que íbamos a hacer allá y les decía: ‘Miren, lo que vamos a construir es del porte de la estación Mapocho. Párense y mírenla’”, cuenta.

Pero las dimensiones pasaron a ser sólo una anécdota. El alto grado de saturación de agua que poseía el suelo, incesantes lluvias y, especialmente, la desconexión vial de la época pusieron a prueba las capacidades de la empresa y del mismo Pavez, quien inmediatamente se dio cuenta de que ni los recursos, ni la gente, ni la capacidad estaba en la región. Había que depender de la zona central. “Aquí lo medular era luchar con todo lo que no es común. Cuando usted crea las condiciones, lo otro comienza a ser repetición del proceso”, explica. “No creo que se haya hecho una obra de esa magnitud hasta el día de hoy. Con esa condición de clima, las características del suelo y sin caminos para hacer trabajar los equipos”, asegura.

Tras recurrir al trabajo con animales para lidiar con el terreno, decide pedir a Valdivia casas prefabricadas tanto para la instalación de faena como para todos los profesionales involucrados en la obra, y así

poder establecer completamente la obra. Fue en ellas donde vivió cerca de un año junto a su señora y sus dos hijos. “Siempre me recuerda cómo se colaba el viento en la casa”, cuenta Pavez con una sonrisa.

Fueron más de dos años de trabajo en Aysén, tiempo en el que dejó de ser la cola del león y abrazó el espíritu de la construcción. El mismo que, tras la estatización de la empresa en la década del ‘70, lo impulsó junto a 11 directivos más a participar de la licitación de Sigdo Koppers S.A. en junio de 1974. “Pasamos algunas dificultades los años siguientes, porque las obras se redujeron, pero pudimos renegociar nuestras deudas y salir airosos”, recuerda. Fundamental fue la creación de SK Comercial, una empresa que comercializaba maquinaria industrial y agrícola. “Decidimos tener un actividad que neutralizara el tema de la reducción de obras”, comenta. Hoy, la empresa se reparte en tres áreas. La de servicio, la industrial y el área comercial y automotriz.

Un espíritu que continuó alimentando en terreno por más de una década, siendo su último trabajo el complejo hidroeléctrico Colbún-Machicura. El proyecto fue dividido en tres contratos adjudicados por distintas

partes de ingeniería y construcción: La caverna de máquinas, la línea de alta tensión y las subestaciones de alta tensión, responsabilidad de Sigdo Koppers S.A. en consorcio con Marubeni. “Estábamos haciendo una obra de mucha importancia. Había que trasladar transformadores de 160 toneladas de capacidad, por lo que había que reforzar los puentes, ya que en el país no se había hecho”, asegura.

Hoy, el constructor civil realiza gran parte de su trabajo desde su oficina en Málaga 120, pero no deja de estar al tanto de las obras de la empresa. Acaba de celebrar las bodas de oro con su señora Maruja, quien lo ha acompañado desde la universidad por el sendero aventurero que Pavez fue trazando y que otros replicaron. “No es lo mismo contratar a un ingeniero, por bueno que haya sido su formación, si no tiene una vocación de construir en diferentes situaciones”, comenta.

El más reciente ejemplo es el arriendo de para la construcción del Atacama Large Millimeter / submillimeter Array, más conocido como el telescopio ALMA. “Ya tendré la oportunidad de ir a ver esa maravilla en el norte”, concluye.